

MICHEL FOUCAULT (1926-1984): EL ALGODÓN DE LAS MENINAS

Severo SARDUY*

Con Michel Foucault desaparece no sólo un pensamiento, sino más bien el arte de descomponer el pensamiento, la demostración de que en él nada, absolutamente nada, es natural ni eterno. Ni siquiera la idea de verdad.

¿Quién piensa, de dónde surge lo pensado, y qué es? Para responder a esta pregunta Foucault comienza al revés: ¿sobre qué se debe pensar? Su respuesta: ante todo sobre lo más evidente, sobre eso que se nos impone como una verdad absoluta.

Su obra demuestra que precisamente lo más neto –digamos la noción de locura, la de castigo, la de deseo y hasta la de Hombre– no es eterno ni ha estado presente en todos los tiempos, sino que es un fenómeno de cultura, incluso de otra cultura: un efecto de civilización.

La continuidad histórica, por ende, es una ilusión. Lo que cuenta no es trazar un hilo desde el pasado, sino marcar rupturas diferenciadas.

Hay que buscar, pues, escarbar en nuestra cultura para saber de dónde surgen nuestras certitudes, qué otro saber las produjo o que grupo humano las inventó.

En resumen: Foucault fue un arqueólogo, alguien que escrutaba, que leía –como en una vista aérea– bajo el suelo aparentemente liso y sin texturas de nuestra lógica, la red inaparente, las vetas de nuestro saber.

El concepto de Razón, por ejemplo, nos aparece hoy como lo más indiscutible, y en función de él determinamos la capacidad de un individuo para formar parte o no del intrincado tejido social; sin embargo esa Razón hubo que forjarla, fabricarla, excluyendo a la locura, encerrándola, expulsándola fuera de la ciudad donde hasta entonces –lo que se excluía era la lepra– sobrevivía y coexistía con la lógica al uso.

Lo mismo sucede con “la buena conducta” en el sentido legal del término. A la constatación de que la prisión fracasa al tratar de reducir los crímenes, había que sustituir la hipótesis de Foucault: la prisión ha logrado producir la delincuencia y los delincuentes, que forman un medio aparentemente marginal pero controlado por ese centro supervisor que se manifiesta hasta en la construcción de las prisiones. Es el ojo que lo ve todo, ese que desde la torre central vigila y controla lo que ocurre en el interior de cada celda, hasta el sueño: el amo panóptico. El medio de la delincuencia queda determinado precisamente por el hecho de estar totalmente bajo vigilancia. Con estos análisis, Foucault no sólo elucidó un medio sino que esbozó reformas que hoy se efectúan; los jóvenes disidentes de nuestra sociedad lo siguieron, vieron en él una verdadera salida: la invención de otra moral.

Se borra así en esta arqueología de Foucault, cuyas ruinas están en lo más profundo de lo evidente, de la verdad de una época, hasta la noción de Hombre, que Foucault, por cierto, consideraba como una invención muy reciente. Y lo que es más, de esta noción Foucault anunciaba también el próximo fin.

¿Cómo era Michel Foucault? Sobre todo alegre, con una carcajada inimitable, casi siempre irónica.

Y tan ágil que, a gatas, en su apartamento, traía como un felino orgulloso de la caza, precisamente el libro buscado, en las inestables pirámides que de modo mágico aún dejaban por dónde pasar.

Llegó a escribir no sobre un buró imperio, como éste en que garabateo estas líneas póstumas, sino sobre dos planchas de madera que soportaba un urgente andamiaje.

Algo lo horrorizaba en estos últimos tiempos, y era que lo elogiaran, aun si era merecidamente, y al mismo tiempo, o con ese pretexto, atacaran a otro.

Sospecho que siempre quiso instalarse, mudarse, en California o aquí en París, a un espacio puro, de tranquilidad y de placer. Pero, cosa importante: este espacio, este lugar sin nombre, no se encontraba bajando sin freno la vertiente del hedonismo, sino al contrario, subiendo –aunque parezca paradójico– la de la moral: liberarse del yo, para llegar al dominio, como querían los griegos que él evoca en su último libro, EL USO DE LOS PLACERES, a la plena maestría de sí.

Señalo algo último, que es una vuelta de significante. En Madrid, en una comida, hace unos días, el pintor Gironella me contaba cómo había limpiado *Las meninas*, cómo eran ahora un cuadro luminoso y nítido. Quise conservar –y aún quiero– por puro fetichismo, un algodón de esa limpieza como el cartílago que se venera del esqueleto disperso de un santo.

Yo había pensado, ya que le debemos la lectura más penetrante de ese cuadro, enseñarle ese algodón a Michel Foucault.

Severo SARDUY* (Camagüey, 1937) escritor cubano exiliado en París. Murió de SIDA en 1993. Texto aparecido en el diario El País (27 de junio de 1984). Reimpreso en Basilio BALTASAR (ed.): NECROLÓGICAS, 20 AÑOS DE MUERTOS ILUSTRES. Ed. Bitzoc, Palma de Mallorca, 1997 pp. 47-49.